
ESPAÑA Y FRANCIA

Fernando Morán



La nueva situación determinada por la apertura en Francia, hacia el cambio político y la reforma, impone un nuevo planteamiento en la visión desde nuestro país, y en las relaciones entre los dos países. En lo que se refiere a las relaciones transpirenaicas, la situación está configurada por dos ingredientes de signo opuesto: el estancamiento político español que deriva del agotamiento de los supuestos de la operación reforma-ruptura, y la llegada de la izquierda francesa al poder.

El signo opuesto de las dos orientaciones —cambio en Francia, estancamiento entre nosotros— puede conducir a la repetición de la sensación de inferioridad por parte española, tan recurrente entre los españoles respecto a Europa. De una filia admirativa a una fobia alimentada por el resentimiento

y la frustración, es una línea no poco frecuente en nuestra historia. De hecho, de la mitificación de lo europeo como forma de vida a la que se aspira y como modelo político imperante en el momento de la reconstrucción democrática, se está pasando a una incipiente eurofobia; por lo menos, a una

desmitificación que, si bien era en cierta medida necesaria, está tomando, por esta tendencia tan propia entre nosotros a no matizar, un aire del desdén

A nivel popular, este embrionario desencanto respecto a Europa se encarna, por razones geográficas e históricas, en el comienzo de una clara francofobia.

desde el que fácil es caer en una condena general. A nivel popular, este embrionario desencanto respecto a Europa se encarna, por razones geográficas e históricas, en el comienzo de una clara francofobia. La alimentan ciertos órganos de opinión que encuentran en las actuales dificultades en las relaciones con Francia el medio de afianzar un cierto *casticismo*: no ya la denuncia justificable del papanatismo democrático inicial hacia lo europeo, sino la orgullosa afirmación de nuestras diferencias, presentadas como de esencia, que no desemboca en el *nosotros solos*, porque la indiferencia y el desdén europeo sirve para reforzar las razones para nuestra entrega a los Estados Unidos. A veces, como es el caso del *Diario 16*, esta desmitificación de lo europeo se acompaña de una defensa, que nadie pide ni necesita, de la lengua castellana frente a las lenguas españolas periféricas, concretamente el catalán. En la mayoría de los casos el malestar respecto a Europa desemboca en la campaña por una opción atlantista sin reservas, desvelando algo que la propaganda gubernamental ha ocultado: que dentro de la opción occidental, que nadie discute, hay una dirección preferentemente europeísta y otra atlantista.

Tras las formulaciones que se pretenden casticistas no hay solamente falta de rigor analítico, sino que subyace algo más importante: la inseguridad respecto a la proyección internacional de España, respecto a su figura vista desde el exterior, un desconcierto en relación con su proyecto histórico, un complejo de inferioridad que se magnifica en un resentimiento frente a lo que se considera conductas injustas y lesivas para nuestra comunidad nacional.

Frente a la falta de ayuda a lo que seguimos llamando, después de cinco años del fallecimiento de Franco y más de tres de la aprobación de la Constitu-

ción, la joven democracia española (poniendo en el término juventud todo el peso de la debilidad, de la fragilidad). El péndulo entre la entrega psicológica a Francia y la retracción resentida y doliente se repite en nuestra historia. Admiración sin límites durante el período ilustrado de Carlos III y comienzos del reinado de Carlos IV —Sarrailh ha demostrado que el impulso reformista desde el Estado y desde la sociedad se agotó ante el embite de las fuerzas tradicionales internas antes de que el regicidio de la Convención provocase la reacción española— y desgarró —y la tragedia en los ilustrado afrancesados— porque los herederos de la Ilustración invadiesen napoleónicamente el país; creencia en la Francia liberal en el XIX y denuncia de que la Triple Alianza no apoyase, en la medida deseada, frente a los rebeldes del Norte; reacción progermánica de la Restauración canovista y problemas con los legitimistas partidarios del último pretendiente carlista en la primera época de MacMahon; apoyo francés para resolver la inoperancia militar en Marruecos y trato desigual en el establecimiento de los Protectorados; esperanza en León Blum por los republicanos y decepción por la progresiva transigencia gala ante las violaciones de la No Intervención por las potencias del Eje; fe de los demócratas al fin de la II Guerra Mundial en una acción para liquidar a Franco; aliento por las primeras actitudes de Bidault y luego la apertura de la frontera y la admisión paulatina, en el clima de la guerra fría, de la necesidad de la España franquista. Una constante, pues, el péndulo de la francofilia cultural y política y de los subsiguientes resentimientos. De hecho, las neutralidades —y la beligerancia— en los gran-

des conflictos europeos se asentaron en el sentimiento popular respecto a los abandonos de Europa que, de manera natural, pasamos por los abandonos de Francia. Los cálculos de cancillería —la política de recogimiento de Cánovas, la neutralidad de Romanones y Dato— se aceptaron popularmente a causa del resentimiento respecto a Francia. Incluso —actuando sobre otra parte de la opinión, la nacional-católica debidamente trabada por la propaganda estatal— el proamericanismo del régimen de Franco fue relativamente popular en las clases medias, que eran el soporte de su régimen, como manera de amortiguar la sensación de soledad y de exclusión de Europa.

Como veremos después con mayor detalle, la actual opción atlantista del Gobierno acelera su marcha cuando, tras el discurso de Giscard en junio de 1980 sobre la pausa en la ampliación de la Comunidad, *Europa aparece como lejana y Francia como difícil e incluso hostil*. Aunque la decisión de acceder a la OTAN y, de hecho, entregarse a los Estados Unidos, está motivada por otros factores, puede presentarse ante el subconsciente del español como una sustitución de Europa o, en todo caso, como reducción de una apuesta simplemente europea. En el plano del subconsciente colectivo, la OTAN es una manera de participar en algo en la que están los europeos, pero en la que éstos no son los que deciden. Es una igualación en una dependencia común: de españoles y europeos, frente a la potencia rectora, y de frente a la organización que opera conforme a los intereses de la potencia no europea.

De parte y parte, porque en Francia la acción exterior y la aspiración a una cierta hegemonía en Europa —nunca sólidamente asentada desde Sedan— sirve para cubrir carencias y heridas. Desde De Gaulle, concretamente, las ca-

rencias y traumas de un fracaso histórico: las dificultades y torpezas de la reconversión del Imperio colonial. La construcción europea —iniciada antes de la fase final de la guerra de Argelia, pero al mismo tiempo en que la IV República se empantana en Indochina— va a ser entendida por De Gaulle de manera muy diferente a Monnet y aun a Schuman: como el cuadro en que la necesaria hegemonía francesa debe desarrollarse. No se trata ya del control de la orilla izquierda del Rin —política de posguerra por Biadault—, sino el predominio en las instituciones comunitarias. La denominada *crisis del Mercado Común*, provocada por la dureza gaulliana, la interpretación gala del acuerdo de Luxemburgo sobre la unanimidad en el voto, la idea giscardiana del Directorio europeo no son sino manifestaciones actuales, dentro del juego institucional, de la vieja pretensión francesa de hegemonía continental. Persigue Francia su objetivo, sobre la base, irrenunciable, de la relación preferente con Alemania. Esta política se asienta en una lectura constante en el Quai d'Orsay y en el Estado Mayor, así como en el establecimiento político académico; pero, cumple una profunda función de psicología colectiva: borrar el recuerdo de la derrota europea, de la pérdida del Imperio, de la suciedad de las guerras coloniales.

En este proceso se ha pasado por varias etapas: a) política de grandeza gaullista y de independencia dentro de la alianza occidental; b) intento —y mitificación— de supremacía tecnocrática y económica en las versiones pompidouliana y giscardiana. Estas ideas-fuerza son desarrolladas por una clase política, la tradicional republicana, pero transformada en lenguaje e instituciones bajo el gaullismo; luego, por una tecnoburocracia cada vez más vinculada con las multinacionales. De alguna manera, durante tal vez unos

Tras el discurso de Giscard, en 1980, la actual opción atlantista del Gobierno acelera su marcha.

quince años, el pueblo se siente parcialmente participe en este proyecto.

Pero, el no cumplimiento de las expectativas despertadas por el modelo francés tal y como se vislumbraban en los años setenta —la Rand Corporation, en un célebre informe hacia de Francia, con el Japón, las vanguardias del desarrollo tecnológico—, y la progresiva corrupción e ineficacia del aparato burocrático y de gestión empresarial, la anulación por un presidencialismo voraz de las funciones de las otras instituciones, van creando malestar. A la vez, desde 1972, el PSF, como eje y médula de la izquierda, va tanteando un nuevo modelo.

Una frustración, pues, casi constante de España respecto a Europa, que se manifiesta respecto a Francia, agigantando injurias y olvidos. Un intento hegemónico francés que apunta a objetivos reales, incluso mesurables, pero que la egolatría giscardiana y la detención a medio camino en la modernización de la sociedad hace difícil. Un plano, por lo tanto, delicado para las relaciones entre ambos países.

Curiosa, paradójicamente, en las relaciones del Estado, la situación no plantea verdaderos dilemas en las fases menos represivas del franquismo. España tiene claramente cerrado su camino hacia la CEE. La dependencia esencial de los Estados Unidos puede complementarse con otras dependencias menores. Mientras no se llevan a cabo ejecuciones, cabe tratar en un plano de superioridad con Madrid, justificando la relación mediante la razón de que se influye con la proximidad en la evolución, inevitable desde el fin de la autarquía. A nivel de opinión, junto a las vacaciones baratas y gratas de un buen número de franceses, se desarrolla una hispanofilia selectiva, centrada en el apoyo —retórico muchas veces, otras muy real— a la oposición democrática. Se produce

Visto con perspectiva, que los primeros viajes de Estado fueran a los Estados Unidos y no a París pudo ser un error.

una cierta transferencia de los ideales postulados: mientras el Estado giscardiano, o mejor el sistema, va recorriendo la posibilidad real de desarrollo de

las libertades, mientras —tras el espléndido fogonazo de mayo de 1968— se va produciendo la conformación cultural de una sociedad de consumo, quedan algunas causas: España es una de ellas, una causa residual de la izquierda de los años treinta. Psicológicamente no hay, pues, problemas. En estas circunstancias las diferencias y dificultades a nivel de Estado, y a nivel de psicología colectiva, están amonizadas.

La situación va a cambiar cuando España se legitima internacionalmente, constituyéndose democráticamente, y cuando políticamente los dos países pasan a una nueva fase.

La democratización española y las consecuencias de la amalgama reforma/ruptura

Cuando el rey Don Juan Carlos asiste en Los Jerónimos a algo muy parecido a una proclamación, el Presidente francés decide trasladarse a Madrid y hacer campaña para que le acompañen otros jefes de Estado y Gobierno democráticos. Su embajador, el señor Deniau, adopta, durante 1976 y parte de 1977, aires de gran protector de la Monarquía restaurada. El análisis de las cancillerías era entonces que se establecería una relación de intimidad, con dejes de protección, entre París y Madrid. Sin embargo, tal predicción no se realiza. Poco a poco se alejan los lazos, se pierde interés; los motivos de diferencia prevalecen sobre las evidentes ventajas de un proyecto político común. Visto con perspectiva, que los primeros viajes de Estado fueran a los Estados Unidos y no a París pudo ser un error. En este enfriamiento coadyu-

dan: a) la falta de clarificación y eventual coordinación en los asuntos del Norte de Africa; b) el progresivo pro-americanismo de los Gobiernos del presidente Suárez; c) la oposición de intereses sectoriales en la eventual adhesión de España a la CEE; d) la actitud francesa en el tema de los refugiados vascos y en las extradiciones de los etarras; e) el mal entendimiento entre Giscard y Suárez y la actitud de progresiva indiferencia y aun desprecio del Presidente francés hacia el Jefe del Gobierno español. Este último factor cuenta mucho por tener adjudicado el Presidente francés, por la Constitución de 1958, la dirección de la política exterior y a causa de la manera de entender Suárez sus poderes, su jefatura de conforme a un modelo de cuasipresidencialismo de jefe de Gobierno. El Rey, que tanto hizo por la homologación internacional del nuevo régimen democrático, no pudo, o se abstuvo por fidelidad a su función constitucional, realizar una diplomacia personal con Francia.

La mala conciencia de la clase política española respecto a la cesión ante Marruecos en el momento de la decisión respecto al Sahara, la postura de inhibición del Gobierno español en un comienzo respecto a las consecuencias de la situación en cuya configuración había cooperado decisivamente su antecesor, tropiezan con la política promarroquí de París. Sin juego con Argelia, claudicante pero inhibida respecto a Marruecos, España deja de contar con el Magreb. Los franceses, siempre reacios a admitir un papel español en el norte de Africa, concluyen rápidamente que no cabe proyecto común con nosotros en la zona. Se elimina así una importante área de cooperación bilateral.

Los gobiernos españoles, y su diplomacia, no han entendido nunca cabalmente las cuestiones que se desa-

rrollan en el interior de los sistemas. Quiero decir que se proponen una meta —entrar en la CEE, acceder a la OTAN, etc.— y tienden a actuar y comportarse como si una vez alcanzada la entrada no fuesen a encontrarse con situaciones definidas desde el poder, con un juego de fuerzas entre los miembros de estas organizaciones. Es la consecuencia de un largo hábito en los excluidos. Se trata de traspasar la puerta de la sala donde se celebra el festín. Las relaciones intra-atlánticas no ocuparon, ni ocupan, el pensamiento de los planificadores y ejecutores de la política española. La realidad de que los miembros de la Alianza Atlántica desean el mantenimiento de la presencia americana en Europa, pero que a la vez se esfuerzan en ampliar un área de mínima autonomía, se les escapa. Esto es tanto más grave respecto a Francia porque el elemento gaullista de su pensamiento internacional, la autonomía —que los franceses llaman independencia dentro de la colaboración— se mantiene en todas las versiones que han seguido a la del general.

Desde 1970 existe un Acuerdo de cooperación militar con Francia “con importantes perspectivas en el campo de la cooperación industrial y tecnológica”, superiores a las que abren los Acuerdos Complementarios del Tratado con los Estados Unidos, que no se ha rellenado. Es lícito preguntarse si no hubiese abierto muchas puertas en este largo y laberíntico camino hacia la CEE un esquema de política exterior, con sus correspondientes dimensiones en defensa, que hubiese otorgado a Francia un lugar preferente. Pero no; desde al menos marzo de 1979 la orientación es la rápida integración en la

OTAN, en las condiciones y en los plazos que fijase el verdadero sostén del grupo que controla el poder en el nuevo régimen, los Estados Unidos.

El Rey no pudo, o se abstuvo por fidelidad a su función consitucional, realizar una diplomacia personal con Francia.

No existiendo esta dimensión política entre los dos Estados, los intereses sectoriales que encuentran dificultades en la ampliación prevalecen. Nada les reduce, ni coloca en su lugar, importante, pero no prevalente.

El proyecto de democratización desde la continuidad estaba ya explícito en la Ley para la Reforma Política.

En estas circunstancias, la crisis de la Comunidad —de la política agrícola, presupuestaria, la falta de una política de pesca, etc.—, el parón institucional, el menguado éxito de la CEE en condiciones de crisis general hacen difícil la ampliación. Sin voluntad política la mera concurrencia de intereses no trabaja en su favor. Por el contrario, el proceso electoral francés concreta lo que eran datos de base.

El terrorismo en el País Vasco encuentra en ocasiones refugio en Francia. Muchas son las causas para que así ocurra. Razones que no justifican en ningún caso la negligencia francesa, incluso la violación clara de un deber de solidaridad internacional. La natural alarma respecto a los terribles efectos del terrorismo en la vida ciudadana, el riesgo a que somete a la democracia, y la identificación de ciertas dimensiones en acciones en Francia galvaniza a la opinión española en un reflejo antifrancés. Reacción que se inscribe, no se olvide, en las dimensiones menos satisfactorias de nuestras relaciones de vecindad.

En definitiva, carentes de un proyecto común y actuando estos factores —en especial los obstáculos franceses en nuestra marcha hacia la Comunidad y la cuestión de las extradiciones— se llega, al fin del septenio de Giscard, a uno de los momentos más bajos y peligrosos en la historia de las relaciones franco-españolas.

De Estado a Estado, pues, la inoperancia, la indiferencia de parte francesa, el resentimiento español, la incompreensión mutua. ¿Y a nivel de las

fuerzas políticas? ¿Y, entre ellas, de la izquierda? Es necesario decir algo, no mucho, lo imprescindible para entender cuál puede ser el camino de la co-

corrección de curso tan insatisfactorio.

En Francia, desde el Congreso de Epinay hasta hoy, con los accidentes, incluso trágicos, de la ruptura y abandono por el PCF del programa común, un largo camino para la construcción de una fuerza política socialista que, siempre dentro de las limitaciones de una economía de mercado asumida, significase el instrumento de una ruptura cualitativa en puntos concretos, escogidos conforme a una estrategia que aunase la prudencia con la decisión para impulsar un proceso que gradualmente crease una dinámica de cambio. No una ruptura con el sistema. Aún menos con la alineación occidental atlántica en la versión que Francia tiene desde 1966 de su participación en la Alianza. Pero, sí una superación de la versión que el capitalismo tecnocrático, elitista y dominado por el motor creciente de la conformación consumista.

Las semejanzas de las situaciones de base de Italia y Francia con la de España son muchas; pero también son importantes las diferencias:

a) En Francia e Italia hubo una clara ruptura con el régimen predemocrático-Vichy, fascismo en la forma de la resistencia y el hundimiento de los regímenes del Eje.

b) La cultura y los valores postulados vigentes no son los de la continuidad, sino los de la ruptura-resistencia. Otra cosa es que estos valores de ruptura respecto a Vichy, y su ideología —fundamentalmente la de la Acción Francesa— se entendiesen como la actualización, en el clima social y cultural de los años cuarenta y cin-

cuenta, de la tradición liberal de la que se reclama la imagen global de Francia. Pese a la profunda derechización efectuada en Francia desde la crisis de la IV República, derecha e izquierda se asientan en el reconocimiento de unos mismos valores básicos. Un consenso, pues, en sentido estricto.

c) Los llamados poderes fácticos, y concretamente las Fuerzas Armadas, han intervenido en la vida política de Francia. Pero, desde De Gaulle y su decisiva —para nosotros ejemplar— acción desde el poder frente a los generales rebeldes en Argelia, el Ejército ha dejado de ser un factor en la política interna, se ha profesionalizado. (De paso, no llevó a cabo esta tarea el presidente reforzando los vínculos con la organización atlántica, ni predicando un anticomunismo desenfrenado, sino, por el contrario, poniendo las bases de una Francia militar y defensivamente autónoma.)

El proyecto de reconstrucción democrática española sigue otra ruta, condicionada por la falta de ruptura, quizás —ésta es una cuestión en la que no puedo entrar ahora— ante la imposibilidad de ruptura.

A decir de José Vidal Beneyto¹, el proyecto de democratización desde la continuidad estaba ya explícito en la Ley para la Reforma Política, pieza de extraordinaria habilidad y alcance. Los objetivos de la operación fueron, según Vidal Beneyto:

1) Controlar la acción popular y situarla en sus fines y modos, tanto económicos como sociales, dentro de límites razonables; 2) configurar a la política, no como la presencia y enfrentamiento públicos de fuerzas e intereses colectivos, sino como la discusión confidencial entre profesionales; 3)

confinar la actividad democrática a lo estrictamente político y dentro de él, sustancialmente, al ejercicio de voto; 4) sepultar la memoria histórica aboliendo todos los antecedentes políticos y alinear por igual, en el punto cero del inicio de la democracia, a los franquistas y a los demócratas; 5) recuperar democráticamente a toda la clase del franquismo dispuesta a entrar en juego.

No estoy insinuando que una España democrática, nacida de una ruptura, hubiese despertado un gran entusiasmo en la izquierda europea, y, en concreto, en el socialismo francés. Pero, que si bien la izquierda europea no puede permitirse sentirse ajena a los peligros que corre la democracia española, no puede menos de percibir —tal vez con menor agudeza que nosotros— las ambigüedades que padecemos.

Una izquierda francesa más entusiasta respecto a nuestro proyecto no hubiese, sin duda, aplanado de un solo golpe los obstáculos sectoriales —a los que es sensible parte de su electorado— para nuestra entrada en el Mercado Común; pero los hubiese inscrito en la posibilidad de un proyecto político común, y, sin duda, hubiese sido más realista respecto al carácter objetivamente reaccionario del terrorismo.

Otro punto merece consideración —por muy breve que ésta tenga que ser— al situar el plano de las relaciones entre los dos países: la menor vigencia de los modelos culturales franceses en estas generaciones a diferencia de otras anteriores, entre ellas, la mía. Para quienes comenzamos a escribir en el primer lustro de los cincuenta, la cultura literaria era de origen francés o llegaba a través de Francia.

No solamente porque era el francés la lengua extranjera de más fácil acceso, sino por el prestigio de lo que podríamos llamar cultura de la resistencia, que no

La izquierda europea no puede permitirse sentirse ajena a los peligros que corre la democracia española.

se agota hasta los años sesenta. El existencialismo, la recepción del marxismo, precede a otra importación que va a cambiar la dependencia de nuestra cultura, que es bien, se sabe, en gran medida una cultura de importación. Ambos movimientos nos llegan —en la penuria de buenas traducciones del alemán— a través de Francia. Baste leer el primer tomo de la autobiografía espiritual de Carlos Barral, *Años de penitencia*, para ver cómo nos nutríamos en nuestra época de formación de poesía y de novela francesa. En los católicos de espíritu abierto la nueva teología y moral galas tuvieron un papel esencial en lo que iba a ser a fines de los sesenta un catolicismo de cierto fustel y capaz de innovacion-consúltense, por ejemplo, una colección de *El Ciervo*.

Pero, tanto en España como en Francia, se impone luego una visión tecnocrática y en el campo intelectual la vigencia, no ya del análisis lógico, sino de las ciencias sociales, con predominio anglosajón. (La recepción de la Escuela de Frankfurt, por la que tanto hizo Taurus Ediciones, siempre fue muy minoritaria.)

El programa de becas Fullbright en conexión con los acuerdos con los Estados Unidos —cuyo impacto en la modernización de la cultura y técnica española habrá de ser estudiada, y que significa algo parecido a lo que hizo la Junta de Ampliación de Estudios, pero con menor incidencia social y política— desvía a nuestros estudiosos hacia América. La misma narrativa española no se libera del modelo francés por un impulso propio. Tras el período objetivista —influido por los neorrealistas italianos, conocidos a través de las buenas traducciones de la casa bonaerense de Losada—, y de una limitada influencia del *nouveau roman*, la narrativa española abre horizontes, no por nuevos aportes transpirinaicos, si-

Los nuevos filósofos y la nueva derecha no parecen influir en nuestros ultras, que prefieren el ayuno cultural.

no por el golpetazo del *boom* latinoamericano². En las generaciones presentes se percibe una mayor diversidad de influencias. Son más eclécticas.

Estamos, probablemente —algo debe influir el agotamiento relativo de la vida creadora francesa bajo el pompidoulismo y el giscardismo— en uno de los puntos más bajos de la influencia cultural gala. Incluso los nuevos filósofos y la nueva derecha no parecen influir en nuestros ultras, que prefieren el ayuno cultural y, progresivamente, el casticismo agresivo. No está la derecha radical entroncada con el pensamiento francés, como ocurría a Acción Española en relación con Acción Francesa en los años treinta.

Bueno, me parece, es identificar la base política diferente y el sentido —y carencias— de la relación cultural para entender en qué dirección puede operar el cambio francés que se abre con la subida al poder de la izquierda en Francia.

La Francia profunda

Con independencia de cuál sea el resultado de las elecciones legislativas del 14 y 21 de Junio (escribo pocos días antes de que se celebre su primera vuelta), el triunfo de Mitterrand significa el comienzo de un muy posible y bastante profundo cambio en Francia. En primer lugar, porque en sí misma la elección de un socialista como Jefe de Estado en un país cuyo sistema, pagando precio a la tradición parlamentaria, es predominantemente presidencialista, permite pensar que ciertas decisiones van a imprimir una orientación hacia la izquierda en la política francesa. Pero, sobre todo, porque: a) sobre la

base de un consenso establecido en los años cuarenta respecto a los valores que, como he dicho, se reclaman de la ideología fundacional republicana, las diferencias entre izquierda y derecha son más acusadas, y tienen mayor vigencia, en Francia que en la España actual; b) porque el triunfo de Mitterrand es la consecuencia de una larga tarea de reconstrucción de la izquierda, y, sobre todo, de un largo proceso de reconstrucción y modernización del socialismo; c) por último, porque esta elección —y el resultado probable de las legislativas— desdice, o al menos matiza sustancialmente, el papel obstaculizador del llamado factor K; es decir, del teorema político acuñado en diversas partes de Europa occidental —en especial, en Italia— según el cual la existencia de un fuerte partido comunista hace virtualmente imposible la llegada al poder por vía parlamentaria de la izquierda, al convertir, a la vez, a los socialistas y al centro-izquierda en dependientes del apoyo del PC y al rechazar la opinión un gobierno que, al menos potencialmente, dependa de dicho apoyo.

En lo que se refiere al segundo extremo, no se trata, en efecto, de que la ley del péndulo o el desgaste de la imagen de Giscard d'Estaing haya conducido, junto al normal deseo de cambio, a la elección de un hombre válido que dé la casualidad de que esté apoyado por el PSF. Por el contrario, desde el Congreso de Epinay se empeñaron Mitterrand y algunos hombres de diversas corrientes del socialismo galo en constituir una fuerza política, que aunando lo común de distintas lecturas constituyese la vertebración de una nueva experiencia, a la vez medida en sus ambiciones, pero clara en sus orientaciones. Una lectura global de la sociedad en el umbral del postindustrialismo, fiel al método y al sentido del socialismo; no una lectura, evidentemente, radical, pe-

ro que no se agota en reformas puntuales.

¿Se trata, pues, de un cambio esencial en la trayectoria francesa? ¿Estamos ante la aparición de una Francia nueva? Si el hecho francés fuese revolucionario, los efectos sobre la sociedad española y las posibilidades para las relaciones entre los dos países serían, probablemente, muy importantes; pero no todas del mismo signo. Porque no debemos perder de vista que si bien la izquierda española debe, salvo caer en una total inanidad, intentar romper el encajonamiento en que le ha encerrado el curso de la transición española, la situación configurada por la misma —otra cuestión es cuáles son las causas, de quienes las responsabilidades— no permite, por un tiempo, grandes cambios cualitativos. Desde esta perspectiva, el asentamiento —en un período de uno o dos años— de la izquierda en el poder, la dinámica que se generará más adelante de tener un éxito razonable su gestión pueden facilitar el desbloqueo de nuestra propia situación. Sería absurda toda eventual decepción española ante el hecho de que el programa del nuevo presidente Mauroy no sea radical; ni aún que no cumpliera la totalidad de objetivos de la plataforma del PSF. Absurda y esperpénticamente injusta, cuando nosotros estamos instalados en una actitud que en muchos aspectos peca de atentismo, en la perspectiva del agotamiento del proyecto de UCD.

¿Se trata, en definitiva, del advenimiento de una Francia nueva o de la recuperación de su lugar por parte de la parte de la Francia excluida?

Se trata de una emergencia de la parte sumergida de la Francia profunda. He dicho en otro lugar que existen términos que empleados en el discurso político arrastran el sentido de la oración en un sentido determina

¿Se trata, en definitiva, del advenimiento de una Francia nueva o de la recuperación de su lugar por parte de la parte de la Francia excluida?

do. Uno de esos términos es «profundo». Cuando nos preguntamos con ocasión de una elección norteamericana, «¿cómo votará el Sur profundo?», es suponiendo que de alguna manera lo hará en favor de la permanencia de la segregación. «La España profunda», ¿no es el país estancado, política y socialmente malthusiano, encogido ante la perspectiva del cambio?

Pero, en la tradición global de Francia el partido del cambio, lo que allí llaman el partido del movimiento, está profundamente enraizado. Francia es un país integrado en la democracia burguesa, pero esta estructuración no bloquea el cambio. Fundamentalmente porque ha realizado las tres revoluciones que abren el futuro y reducen la capacidad involutiva de las inercias: en primer lugar la revolución que instaura el marco de libertades (la Gran Revolución); luego el asentamiento profundo e irreversible de la aconfesionalidad y de la laicidad; la de la supeditación definitiva del poder militar al poder civil. El cambio de dirección política sobre esta base abre la perspectiva de avances concretos.

Las dimensiones nuevas

El triunfo de Mitterrand restituye su papel al factor democrático y progresista de la tradición nacional. Pero, en la nueva lectura del partido del cambio, aparecen dimensiones nuevas.

La lectura de las biografías de los miembros del primer Gobierno de Mauroy indica algo interesante. Se trata de hombres y mujeres con experiencia política y administrativa dilatada, miembros de una clase gestiona-ria del Estado muy trabada. Algunos de ellos tienen la primera experiencia de gestión y de planificación política en el momento de la gran esperanza de mo-

El triunfo de Mitterrand restituye su papel al factor democrático y progresista de la tradición nacional.

dernización política de Francia: el gabinete Méndes France y/o el frente republicano de Méndes/Eg-dar Faure. En su larga travesía del desierto de la izquierda, estas gentes, no ajenas ni a la gestión ni a las ideas sobre gobierno, han participado en la vida interna del partido y en sus grandes debates. Están vertebrados en la clase política y gestiona-ria; pero no han perdido la distancia crítica que proporciona la lectura ideológica. Esto les convierte, potencialmente, en el mejor equipo para un cambio que no signifique una ruptura cruenta con el régimen. El régimen no está en cuestión. Sí el estilo desde el que se entendía.

Los elementos nuevos que pueden conducir a una transformación seria durante el septenio son varios. No cabe ahora sino indicar ciertas orientaciones:

a) Una comprensión, asentada en una lectura política global, de ciertas reivindicaciones en que se manifiestan alineaciones parciales, en el origen solamente percibidas por ciertos grupos más innovadores intelectualmente, pero que hoy son sentidas por amplias capas de la población: calidad de la vida, conciencia de la acción conformadora y aprisionante del consumo como proyecto vital y social; lucha contra el carácter elitista de los niveles más altos de la educación; denuncia de la legitimación de la clase —tecnoburocra-cia— enfeudada en la permanencia de la estructura social...

b) Un vislumbre del fin del jacobinismo como única doctrina sobre la organización del Estado. Los principales ministros tienen funciones conectadas con la descentralización y con la regionalización (Deferre, Rocard, el mismo Chevenement).

c) Una nueva visión del papel de Francia en Europa y de ésta en el mun-

do. Una versión, sino nueva a nivel de formulación intelectual, sí novedosa a nivel de programa político de la conexión de la necesaria autonomía relativa de Europa y la relación con el Tercer Mundo. Esta formulación otorga un nuevo aspecto al tradicional nacionalismo francés.

Las orientaciones de la nueva política exterior francesa

Todavía es pronto para conocer cuáles son los planes franceses; tal vez no para percibir sus directrices. El nuevo equipo lleva mucho tiempo elaborando sus ideas, las ha plasmado en textos, desarrollado en congresos y coloquios. Sus componentes no padecen de la agrafia de los políticos profesionales de otros países. En Francia, escribir libros, correr el riesgo de adelantar ideas, corregirlas ante el imperio avasallador de los hechos, no descalifica para postular puestos en la dirección de los partidos ni, eventualmente, del Estado. El discurso político, se piensa, es, a pesar de toda la servidumbre a estrategias y tácticas, parte del discurso intelectual, sometido a la regla de la racionalidad y de la publicidad. Es, en parte, explícito. Gracián decía, desde una concepción barroca de la política, que el héroe debía tener cifrada la voluntad. En la sociedad barroca, como tan bien ha explicado José Antonio Maravall, pese a lo profuso de la forma, lo más decisivo estaba implícito, incluso oculto. Todos los miembros de una cultura determinada pagan tributo a los valores postulados de la misma. El valor supuesto francés, por excelencia, es la racionalidad; ésta se manifiesta en el discurso (naturalmente, no hay política totalmente exenta de ocultación; pero, en la pretensión de racionalizar lo oculto se encuentra

entre las líneas de lo que se explicita).

Contamos, pues, con textos. Desde el 10 de mayo con textos escritos desde el supuesto de poder. De Mitterrand y de Claude Cheysson. En especial, el discurso del nuevo ministro de Relaciones Exteriores ante la UNESCO. Sus declaraciones al *International Herald Tribune* y a *Le Monde* (28/5/81). Antes de la victoria en su interesante artículo. «Un new deal planétaire»³. Y las páginas de los libros del presidente, en especial «Ici et maintenant».

Arriesgándonos a simplificar, podemos identificar las orientaciones en acción internacional. Para nosotros es muy importante tener alguna idea clara en este punto, porque de la congruencia o discrepancia entre estas líneas esenciales y la nuestra derivará mayor facilidad o menores posibilidades para el entendimiento con Francia, del que depende en buena medida la viabilidad de nuestro proyecto europeo.

1. *Continuidad de la política francesa.* Esencialmente respecto al sistema occidental atlántico, en la construcción europea, en el mantenimiento de un subsistema francófono en Africa, con ciertas matizaciones, en lo que se refiere al Próximo Oriente y a la política árabe.

2. *Matizaciones importantes y ampliación a la escala europea de ciertos temas que hasta ahora se consideraban desde una visión exclusivamente nacional, y globalización de principios ahora aplicados a Africa y a todo el Tercer Mundo.*

Veamos las dos dimensiones conjuntamente.

Las declaraciones de Cheysson en Washington no se basan solamente en el deseo de tranquilizar al aliado americano.

La posición de Francia respecto a la Alianza se mantiene. Las declaraciones de Cheysson en Washington no se

basan solamente en el deseo de tranquilizar al aliado americano. No es menos cierto que Mitterrand, durante la campaña electoral y antes de ella, reprochó a Giscard ciertas ingenuidades y debilidades respecto a la URSS. En especial, querer jugar a mediador sin fuerza real para realizar este papel. También es inocultable que en el tema de los eurocohetes, Mitterrand, y luego Cheysson, se niegan a una moratoria unilateral a la vez que exigen la simultaneidad entre el despliegue y las negociaciones para la reducción.

Pero, ¿significa esto una reducción de la autonomía gaulliana dentro del sistema? No, por cierto. De lo que se trata es de no romper equilibrios. De la misma manera que la ampliación de la OTAN —entrada de España— rompería el equilibrio político e, incluso, a medio plazo al menos, el militar, en un sentido, la imagen —sí, incluso la mera imagen— del contagio del neutralismo en Francia, lo rompería en sentido contrario. Precisamente, por gozar de un margen de autonomía Francia, es necesario que este margen no opere en sentido contrario a la actual lectura del equilibrio.

Respecto a la otra gran pieza del sistema, Alemania Occidental, la posición es clara y explícita: relación privilegiada, pero no exclusiva. Francia va a jugar más y más profundamente sobre una Europa política que había desembocado en el espejismo del Directorio franco-alemán.

Mitterrand insiste en *Ici et maintenant* en que ha llegado para la alianza el momento de la reflexión y del ajuste de funciones. Que no tienen por qué ser las elásticas, definidas en base a una concepción global —y extraeuropea— de las primeras formulaciones de Reagan/Haig.

La concepción europea es algo que va a ocupar el primer plano de la política francesa. Siempre ha sido así, por razones obvias.

Siguiendo esta dirección, la conciencia de la falta de automatismo en la respuesta del sistema central, intercontinental, en el caso de un conflicto graduable en Europa hará renacer la reflexión sobre la necesidad de un sistema europeo complementario al general. El gran tema de los años ochenta es el de globalización frente a división y autonomía de escenarios.

La concepción europea es algo que va a ocupar el primer plano de la política francesa. Siempre ha sido así, por razones obvias. Pero ahora, por tres motivos esenciales: a) porque un proyecto socialista, aunque se piense que su desarrollo sea gradual, exige en la época de la universalidad del mercado y de las multinacionales un ámbito de escala supranacional. Bien se ve en el caso de la jornada de las treinta y cinco horas semanales, que para que pueda ser implantada en un país europeo exige una decisión análoga en los otros países competidores comercialmente. b) Porque para que Europa sea un factor de paz y distensión debe estar integrada. c) El proyecto respecto al Tercer Mundo y la conciencia de la mutua dependencia entre países en desarrollo e industrializados obliga a una estrategia europea común y no una lucha desleal por mercados y materias primas. Donde De Gaulle decía *Francia* hay que leer ahora *Europa*, impulsada y orientada —según París— por Francia. La relación respecto al resto del mundo, y en especial el Tercer Mundo, es esencial para Mitterrand y para Cheysson (artífice, éste, de los Acuerdos de Lomé). Las ideas del actual ministro de Relaciones Exteriores están expuestas, sin miedo a bordear la utopía y el voluntarismo —como reconoce—, en su artículo *Un new deal planétaire*. Llega a reclamar una lectura en términos keynesianos a escala global: es la incapacidad y lo menguado de la demanda total de los infrade-

sarrollados lo que limita la oferta de bienes industriales a los mismos. No es sólo Cheysson: los analistas de la crisis —Gunder Frank, los autores del informe de la OCDE sobre *Futuribles*, Mary Kaldor, Barraclough—, coinciden en el diagnóstico. Y en el pronóstico de que el Japón y los Estados Unidos —que ya comercian con el TM en un 30 por 100 de sus intercambios totales— saldrán de la crisis en situación de predominio en la relación con el TM. Por el contrario, según estos análisis, la situación de Europa será de exclusión creciente si el clima entre industrializados y países en desarrollo se deteriora. Francia va, previsiblemente, a jugar un papel más intenso en la conferencia Norte/Sur, en México.

Francia va a emplear lo que puede ser una presentación de mayor brillo moral y psicológico, en base en la tan útil tradición de la Revolución Francesa, para otorgar a Europa —y, por tanto, a sí misma— un papel global. De ahí que defenderá las causas del equilibrio entre ricos y pobres y el respeto a las libertades y derechos humanos, que es la mejor presentación de Europa.

Desde este enfoque, una atención preferente a Latinoamérica. Significativas han sido las invitaciones al Elíseo a escritores y personalidades latinoamericanas —entre ellas a la viuda de Allende—, el nombramiento como asesor a Régis Débray.

Esta es la dimensión de la nueva política que va a encontrar mayores discrepancias en Washington, orientado casi exclusivamente hacia una visión de cualquier tema internacional en base a su incidencia en el equilibrio geoestratégico entre las superpotencias. Francia no realiza una verdadera política mediterránea. El equilibrio en dicho mar se constituye hoy casi exclusivamente en base a dos factores extramediterráneos: URSS y USA. La ex-

periencia magrebí de algunos hombres del nuevo equipo (Jobert, Cheysson), la mejora de la relación con Argelia, no va a disminuir el interés por Marruecos. Francia va a hacer política mediterránea apoyada en el Magreb y tal vez en Grecia.

La supuesta mayor simpatía del presidente por Israel no impide que la izquierda francesa comprenda el tema palestino y que los palestinos sean una de esas causas vicarias en las que se trasplanta la fata de horizonte revolucionario de la izquierda europea. Quizás en el tema de Palestina se encuentre el mayor contacto entre París y Washington; pero con notables matices. Por otra parte, los activos árabes en los bancos franceses —tan necesarios para mantener al franco— y la política de penetración comercial y de armamento francés en Arabia Saudita y en Iraq señalan un límite en la matización.

En cuanto a la ampliación de la CEE son conocidas las condiciones previas establecidas por el PSF. Pero esta situación debe ser analizada en relación con la voluntad de reequilibrio de las políticas comunitarias y, en concreto, con la política regional del nuevo gobierno. La regionalización y la disminución de diferencias regionales es el gran reto francés. El Midi es una de las zonas esenciales para el asentamiento electoral del PSF. Si Francia inicia realmente una política regional para el Midi, que otorgue confianza a sus regiones, parte de los obstáculos políticos y psicológicos que se alzan a la ampliación encontrarán su debida proporción.

Mucho antes de que se pudiese prever un triunfo socialista escribía yo sobre la necesidad de nuestro entendimiento con Francia.

No es necesario que detalle ahora co-

Francia va a hacer política mediterránea apoyada en el Magreb, y tal vez en Grecia.

mo una política francesa con las orientaciones que es lícito prever coincide con lo esencial de una posición española progresista.

Una política francesa con las orientaciones que es lícito prever coincide con lo esencial de una posición española progresista.

Si la predilección magrebí y mediterránea de los hombres del equipo de Mitterrand puede plantear inicialmente un mayor respeto a lo que en Bruselas se denomina *política mediterránea* de la CEE (es decir, a los acuerdos preferenciales con los países no europeos de la cuenca), el verdadero obstáculo para nuestra adhesión no reside en ella. El obstáculo se encuentra, sin duda, en la diferencia y contraposición de intereses, que cobran un peso exagerado y difícilmente reductible cuando las relaciones franco-españolas no se contemplan en una visión más general.

El proyecto que se le supone a Francia en este artículo, exige un marco más amplio que el nacional. Francia necesita este proyecto; pero no puede realizarlo por sí sola. Ni siquiera el eje París-Bonn es suficiente. Hay dimensiones que escapan a esta visión renana de Europa. La mayoría de los países europeos están fijados en políticas desarrolladas en una época de desarrollo político sin solución de continuidad. La dependencia trasatlántica de la República Federal es, durante mucho tiempo, incapaz de gran matización. Lo mismo puede decirse de Inglaterra. No es el caso de España. Nuestro país se encuentra en período de toma de decisiones en cuanto a su función internacional.

Europa precisa un mínimo de autonomía dentro de su necesidad de

apoyo trasatlántico. Las dos dimensiones, la general atlántica —que no atlantista— y la autonomía le son igualmente imprescindibles por razones

de defensa. Pero, en la gran pugna por el desarrollo y la competencia económica, le es necesario un margen de autonomía. Y un plan. Primeramente un proyecto intramuros, intraeuropeo. Pero definido desde perspectivas más amplias. Empezando por lo más próximo, un proyecto mediterráneo. Una política matizada respecto al Próximo Oriente; el supuesto plan Carrington tropieza con el intento americano de empantanarlo. Luego una imagen en cuanto a valores culturales, políticos, que Europa, quizás por no tener ya posesiones coloniales, ni por estar obsesionada por una geoestrategia global, puede desarrollar. Francia no lo puede diseñar sola. España podría aportar ideas, conexiones, una cierta credibilidad —transitoriamente empañada por las tendencias involucionistas, de efectos tan dañinos, pero que pueden ser pasajeras.

El análisis detallado de las políticas comunes posibles quede para una nueva ocasión. Pero, desde ahora, hay que afirmar que no solamente nuestra función europea depende del desbloqueo de la relación con Francia. Si se produce, los temas contenciosos —y entre ellos los dolorosos de las extradiciones— encontrarán solución. Si no, nos encaminaremos hacia las frustraciones y resentimientos que han caracterizado nuestras relaciones con Francia y, a través de ella, por su peso en el continente, con Europa.

¹ *Diario de una ocasión perdida*. Ed. Kairós. Barcelona, 1981. pág. 119.

² F. Morán: *Novela y Semidesarrollo*. Ed.

Taurus. Madrid, 1971; y *Explicación de una limitación*. Ed. Taurus. Madrid, 1971.

³ *Le Monde*, 30/abril/1981.